



dinastía, y ésta aunque errante existía y representaba á la nación.

Federico Guillermo pidió en vano un armisticio. Napoleon no se lo concedió porque no quería verse privado del placer de entrar en Berlín, ni quería dejar escapar la ocasión segura que se le ofrecía para destruir por completo todas las fuerzas y recursos militares de Prusia. Pero la petición del rey de Prusia dió lugar á negociaciones que Blücher aprovechó para escapar con los más decididos á Colleda. A Magdeburg se dirigieron Hohenlohe y el mariscal Kalkreuth con el mayor número, pero tras de ellos corrieron Ney y Soult, haciendo prisioneros en su camino regimientos enteros. Murat con su caballería acudió también á su encuentro después de haber atravesado Erfust y Nordhausen. Davout se arrojó sobre Leipzick. Bernadotte marchó sobre Halle, en donde se encontró con el cuerpo del príncipe Eugenio de Wurtemberg que sostuvo un sangriento y mortífero combate á pesar de su inferioridad numérica, hasta el punto de que Napoleon en persona se dirigió al campo de Bernadotte para enterarse de lo ocurrido. Por momentos el curso del Elba iba cayendo en poder de Napoleon. Davout y Augereau entraron en Witemberg; Lannes entró en Dassau. La operación estratégica había terminado. El 24 de Octubre Davout entraba en Berlín, honor debido al verdadero triunfador de Jena, á quien con tan poca consideración trató Napoleon para que no recayera en un subordinado la gloria y el honor de la victoria. Napoleon se detuvo en Sans-Souci para cometer la grande hazaña de llevarse de la tumba del gran Federico la espada del rey de Prusia. De España se ha de llevar la espada de Pavía.

Franqueado el Elba, Prusia podía decirse que estaba ya en manos del vencedor. Spandau se rindió el 25 de Octubre. Hohenlohe abandonó á Magdeburg para retirarse á Stettin á la desembocadura del Oder, á donde ya le habían precedido Murat y Lannes que le alcanzaron y batieron en Zendenich, copándole al fin entre Prenzoso y Passewalh el 28 de Octubre, en donde se rindió toda la gente. Al otro día se intimó la rendición á Stettin, que se entregó al instante. Küstrin capituló también á la primera indicación de Davout. Magdeburg se rindió pocos días después.

Los últimos tiros de la campaña los dispararon los soldados del duque de Weimar, ó mejor, de Blücher. Este al ver cortada su retirada al Oder, marchó resueltamente del Este al Oeste escapando á sus perseguidores de momento, pero Bernadotte y Soult no por esto cejaron en su persecución y le

alcanzaron en Lübeck, á donde había llegado Blücher merced á su grande energía. Atacado, tuvo que abandonar la ciudad, que se defendió valientemente, penetrando en ella de viva fuerza los franceses que la entregaron á todos los horrores de un asalto. Blücher, que había logrado escapar, como hemos dicho, de Lübeck, fué alcanzado al otro día del asalto el resto, y al verse encerrado entre el mar, el Trave y la frontera neutral de Dinamarca, respetó á ésta y entregó las armas, no sin dispararlas contra los enemigos de su patria,—7 de Noviembre de 1806. De un desastre parecido no hay otro ejemplo en la historia moderna.

Napoleon hizo su entrada triunfal en Berlín el 27 de Octubre, y á pesar de la sumisión de sus autoridades, Napoleon creyó que debía ejecutar un acto de barbarie capaz de aterrorizar no al país sino el mundo entero. El Consejo municipal de Berlín fué presentado á Napoleon por el general Hullin. Al frente del cuerpo municipal estaba el príncipe de Hatzfeld, á quien recibió de una manera insultante Napoleon, despidiéndole para sus propiedades con prohibición de presentarse jamás en su presencia. Pero al otro día de la entrada de Napoleon en Berlín, éste hizo secuestrar el correo de la capital y en ella encontró una simple carta del príncipe dando á su soberano cuenta de las circunstancias que habían mediado en la entrada de los franceses en la capital. Leer la carta y ordenar que Hatzfeld fuera juzgado por una comisión militar, fué todo uno. Lo que esto significaba era la muerte del príncipe. Apenas se difundió la noticia todo el mundo quedó aterrado, y los generales franceses avergonzados. Berthier, Duroc, Rapp, es decir, los íntimos de Napoleon se esforzaban en vano en obtener el perdón del príncipe. Napoleon permaneció inflexible. Pero lo que él no quiso hacer, lo hicieron los encargados de prender al príncipe, que no pudieron ó no quisieron dar con él. Salvado el príncipe, para enaltecer la clemencia del emperador se arregló aquella tan conocida escena dramática en la que la princesa pide á Napoleon la vida de su esposo, que éste concede arrojando clemente y misericordioso la carta del príncipe al fuego de una chimenea para destruir el testimonio único que le condenaba por espía y traidor. Pero de esta carta se conservó una copia y por ella se ha visto claro que no había tal espionaje, y que Napoleon no quería sino practicar el sistema terrorífico que encargaba constantemente que emplease en Napoleon su hermano José.

Habiendo fracasado las negociaciones del armisticio como hemos dicho, abriéronse ya desde el

20 de Octubre para la paz, pues el rey de Prusia, rey sin Estados, había conseguido retirarse detrás del Oder en donde no podía alcanzarle Napoleon. Duroc y Luchessini fueron los encargados de venir á un acuerdo. Arbitro Napoleon del destino de Prusia, ¿sería ahora más moderado en Witemberg de lo que lo fué en Presburg?

No eran posibles las ilusiones. Napoleon al otro día de Jena había dado orden á Mortier de que se

apoderase de los Estados y de la persona del Elector de Hesse-Cassel á quien había de llevar prisionero á Metz, todo por el delito de haber permanecido neutral en la contienda, y esto hacía cuando al elector de Sajonia le enviaba sin rescate sus prisioneros. Era necesario, pues, esperar algo tan intolerable como el tratado de Presburg. La moderación continuaba reñida con Napoleon. Véase, sino, como se apresura, apenas conoce los resultados de



Batalla de Jena

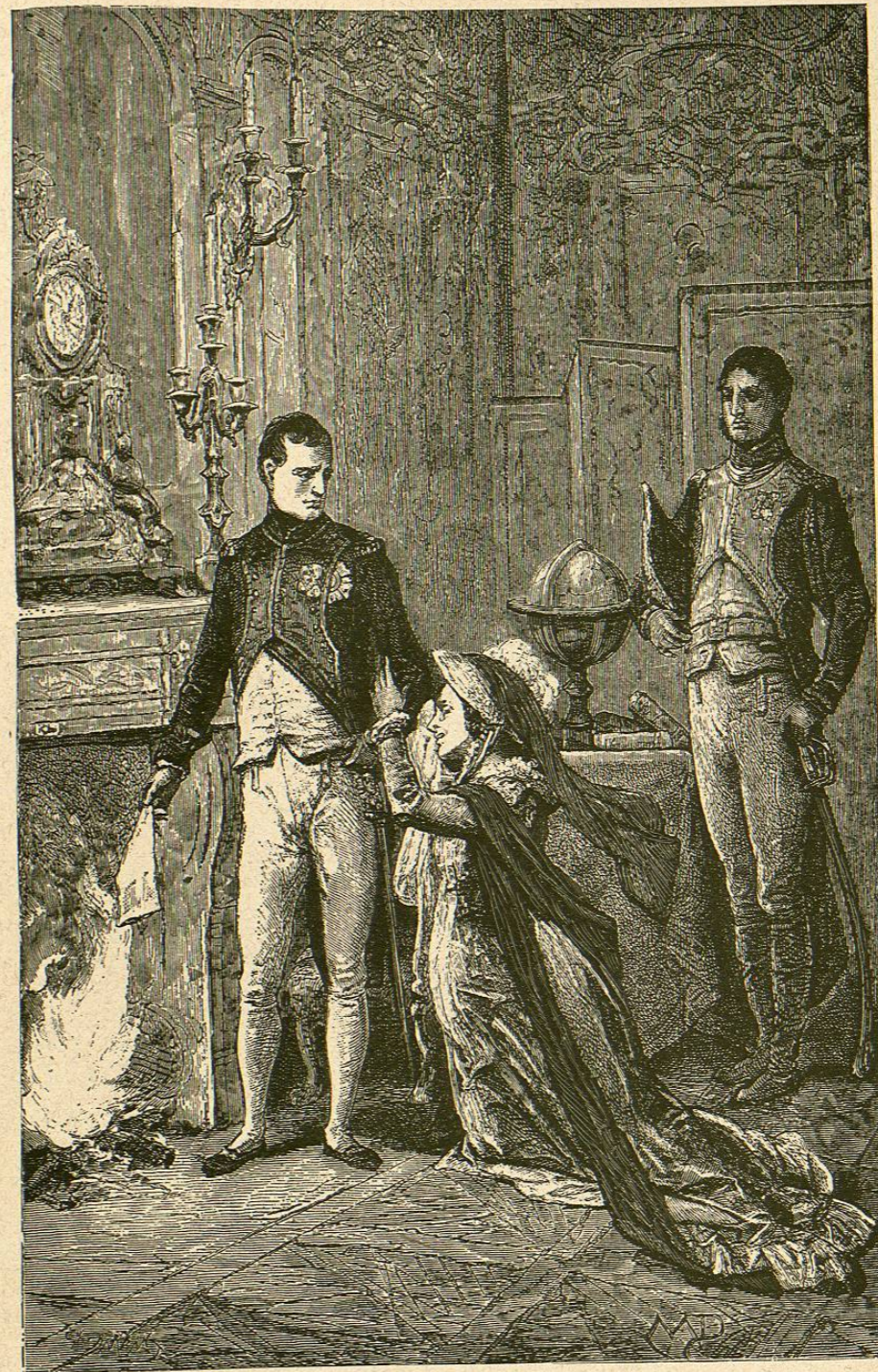
las batallas de Jena y de Auerstaedt á imponer una fuerte contribución de guerra al país, y lo que no tiene explicación, como en provecho de su rapacidad y de la de sus generales, se apresura á publicar un decreto declarando «que todas las mercancías inglesas que se encuentren en las ciudades del Norte pertenecen al ejército».—Jena 16 de Octubre.—Decreto que implicaba la ruína de todo el comercio alemán del Norte.

Dueño, pues, de dictar la paz lo hizo con su acostumbrada saña. Prusia debía ceder todas las tierras que poseía entre el Elba y el Rin, desentenderse de los negocios de Alemania por entero, reconocer á todos los nuevos príncipes que á él se le antoje establecer en Alemania y pagar una fuerte contribución de guerra. Luchessini se apresuró

á comunicar esas duras condiciones á su soberano que no vaciló en ratificar, cansado de la guerra y deseoso de aliviar sus desastres, tanto como por estar convencido de que era inútil pedir modificación alguna.

El rey de Prusia no estaba á la altura de su pueblo. Schiel, Oels, Brunswick hijo del vencido de Auestaedt y luego Blücher, se lanzaron al campo con un puñado de hombres decididos, haciendo una guerra de guerrillas que no fué sin gloria, y que Napoleon despreció ignorando lo que esto significaba.

Federico Guillermo se deshonró y sacrificó en vano. Fué Napoleon quien rehusó rectificar el tratado por él mismo impuesto al rey de Prusia cuando se le devolvió con la firma puesta. ¿Qué había pasado?



NAPOLEON I EN BERLIN